

El Amigo del hombre

Vuelve, una vez más, a la palestra—como el tinglado de la antigua farsa—la virulenta pugna entre los que velan por la salud y los que dan en erigirse en protectores de los animales; aunque para ello deban resultar adversarios del hombre, de la mujer y del niño. Tal acaeció cuando la vivisección y la fisiología experimental adquirieron en sus manipulaciones sobre ratas, perros y cobayas, el arsenal terapéutico suficiente para quintuplicar en pocos años la población humana del planeta. La Sociedad protectora de animales y plantas habría preferido la horrenda muerte de 500 millones de semejantes, a la muerte quirúrgica de unas cuantas ratas blancas. Jamás olvidaré el glorioso gozo de dos de estos beneméritos ciudadanos — un pedante barrigón y una seca menopáusica sin hijos — cuando el toro "Ballaor" mató a Joselito en la plaza de Talavera de la Reina. "No es el "ballaor" — decían — es el "Vengador". No así cuando lo de Manolete, el cual tuvo la nefanda saña de matar al toro que lo mató.

Arturo Schopenhauer, el gran filósofo del pesimismo y de la misoginia, dijo: "cuanto más conozco a los hombres, más quiero a mi perro". "Nosce te ipsum" "conócete a ti mismo".

De acuerdo. El perro es, no sólo el amigo, sino el mejor que el hombre tenga. ¿No es, por ventura, el mejor amigo el que nos hace las mayores perrerías? No siempre, que, a las veces, es el que nos quita la esposa, con lo que puede hacernos el más señalado favor.

Me parece arduo proteger al perro sin proteger, a la vez, a la pulga que, en cantidades fabulosas transporta generosamente a los lugares estratégicamente calculados para la más eficaz difusión de la peste bubónica, cuyo agente, la *pasteurella pestis*, resulta igualmente protegido. Tampoco veo cómo se pueda proteger al perro sin ofender seriamente a la perdiz, el venado, el tepezcutinte y a toda pieza venatoria. O, por mejor decir, creo verlo, por haber conocido numerosas entidades protectoras que divergían mucho de la única que merece mis respetos: "L'Union Internationale pour la Protection de la Nature", de la que precedí a Jean-Paul Harroy en el cargo de Secretario.

Hace falta ser soberanamente hipócrita para confundir este papel tutelar con ciertas formas de conservación de los recursos naturales, como el fomento de la caza y de la pesca, cuando ya parece que no hay bastantes presas que matar por el placer de matar, en honor del noble arte de San Huberto, etc.

El quiste hidatídico — que puede formarse en el hígado, en el pulmón, en el cerebro y en otros órganos — es otro de los favores que debemos a nuestro mejor amigo, y que en la Argentina, el Uruguay, Australia, etc., causa

más bajas que la misma rabia. Los contemporáneos de Solón creían que el perro iniciaba a los niños en toda clase de aberraciones sexuales, desde el amor febril hasta la copula per anum. Menos austero que el arconte de Atenas, Alcibiades había de cortar el rabo de su perro con los más inmundos fines.

Hay padres cariñosos que regalan un zaguete a sus niños menores, como un hermanito más. Y rien paternalmente cuando les lame la boca después de haber hecho lo mismo con la vulva de una perra en celo. El amigo del hombre empieza a serlo en los primeros meses de la vida.

Todavía no conocemos todas las enfermedades que el perro puede transmitir a su amigo. Su número es incalculable.

Los mejores amigos humanos del perro son el viejo homosexual y la vieja prostituta, o la solterona, que uno y otras suelen verse privados de compañía animada en que verter su afecto senil y huero.

Peró el summum de la amistad perruna por el hombre debe cifrarse en la cuantía en que el perro contribuye a la limitación de la natalidad humana. Solamente en París hay 2 millones de canes de lujo — los mimados, los predilectos, los más queridos — y dos millones de humanos menos. En Irlanda se dice que las ovejas se comen a los hombres; en París y en miles de agrupaciones humanas que, desdendiendo el genio francés, llegan al paroxismo de la estupidez para tomar de Francia todo cuanto esta nación ilustre produce de podrido y decadente, hay muchos millones de zaguetes que reemplazan, infectan o deforman la evolución psíquica de otros tantos niños por lo menos. En nuestros tiempos, la cinofilia ha adquirido proporciones gigantescas. Las industrias dedicadas en Francia a explotar esta nueva forma del bestialismo, han rebasado los límites de la vesania. En París hay más de diez mil chenils, o sea, cuadras de perros en venta, instaladas con el mayor lujo, en el mismo centro de la ciudad. Donde antes hubo una famosa librería — Avenue des Champs Elysées — encuentra Ud. una perrera de lujo, en donde se venden collares, bozales, correas, alimentos especiales, huesos ficticios de juguete, almohadones, casitas de perro, bolas, ropa de invierno y de verano. Hay restaurantes especiales para perros, así como clínicas, hospitales, quirófanos, peluquerías en donde se les riza, esquila, peina y lava al schampoing. Hay academias de enseñanza y adiestramiento para perros de todas las razas y especialidades. Hay casas de retiro para perros pobres o viejos, y hermosos parques acondicionados para las exposiciones caninas. Yo he visto pagar 5 millones de francos por un caniche,

en una ciudad que cuenta con tres millones de niños subalimentados.

El espectáculo del matrimonio sin hijos formado por un viejo donjuán impotente y una cacatúa pintada como un carro, que se desviven por un horrible perrito pekínés, es frecuentísimo.

Esta innoble caricatura de familia, integrada por una pareja estéril de maniáticos tarados y un perro costosísimamente inútil es la rotunda negación de la verdadera familia humana. En ella no hay la menor comunidad espiritual ni social.

No hay espectáculo más grotesco y lamentable que la llegada de uno de esos conjuntos a un restaurante. Si la perrita — dado caso que lo sea — está en celo, su mamá bajará del carro una colchita, manchada de sangre para la *nenita*. El salomero servirá su comida especial — la *soupe* — en cubierto ad hoc, todo lo cual será sometido al más severo escrutinio de los *papás*, que lo ejercerán como padre alguno lo hiciera por sus hijos de la carne. Y lo peor es que los circunstantes, lejos de sentir ascos, envidiarán a la feliz pareja en sus alharquientos afanes de gallina tras los polluelos. Todavía hace sesenta años, los especuladores más acaudados para estimular la formación normal de los niños, eran la boda, el bautizo, el Portal de Belén en Navidad, las reuniones familiares campesinas, etc. Hoy se lleva a la futura mujercita a visitar a la pareja de cacatúas, al aborto de célula social empeñado en sustituir a la humanidad futura por una raza canina decadente y onerosa. La vocación maternal de la niña se va enfocando hacia el *terrifier* de pelo duro, el galgo ruso o el lamentable Chihuahua. Ya la maternidad no deformará su cuerpo virginal; sus pechos inútiles serán siempre de un tipo cotizable para toda clase de fantasías. La futura mamá del perrito le querrá muchísimo más de lo que habría podido amar a un mamoneo voraz y sin pedregre.

Nada tan natural como que una niña o una persona de otra edad se encariñen con un lindo perro, afectuoso, limpio. El amor mutuo expresa como cosa alguna todo cuanto el universo tiene de unidad armónica y perfectamente coordinada. Y es por lo mismo por lo que también nos parece naturalmente legítima la repulsa que a todo ser vivo, grande o chico, animal o inteligente, inspira la serpiente venenosa, el voraz carnívoro, la bestia infectada o sucia, todo, en suma, cuanto puede constituir amenaza de muerte o enfermedad.

Me agrada contemplar, dar un terrón de azúcar y hasta jugar con un bello *spaniel cocker* de raza, con un buen perro de aguas, un pastor escocés o alemán... pero cada día me es más difícil aceptar que la humanidad viva en el grado de barbarie en que todavía vive en cuanto al bastardo perro callejero, parásito, sarnoso y pedigüño, que lleva, entre otras pestilencias, y a todos los hogares, el bacilo de la tuberculosis en sus patas contaminadas con miles de esputos bacilíferos que pisa por las calles.

Cuando hay un foco de tifus exantemático, de peste bubónica, de encefalitis letárgica o de fiebre amarilla, los trenes sanitarios despojan a la población, desratizan y despulgan, o dedetizan contra la mosca *tsé-tsé*, la *stegomya* o la *aedes egypti*, respectivamente. Y otro tanto se hace con los perros en los brotes de hidrofobia. Todos los perros de Constantinopla fueron internados en una isla del Mármara a principios de siglo. Como al poco tiempo regresaran, se mataron más de 400,000, sin que ningún farsante ni ninguna vieja cacatúa osaran hacer literatura sentimentalista contra tan sanas medidas filácticas.

El hecho de que hoy surja un foco de rabia canina es un anacronismo inconcebible en un país medianamente civilizado, el cual no tendría perdón si sus autoridades no tomaran inmediatamente las más energéticas medidas para hacer bueno el viejo dicho castellano: "muerto el perro, se acabó la rabia", dictando, a la vez, las más energéticas disposiciones a fin de que el fantasma y la cacatúa no puedan más seguir gimoteando en su grotesco atentar a la salud pública. A la verdad, no sería fácil dilucidar cuál de entrambos — si el perro rabioso o el fantasma sentimental — merecen, ante todo, ser cazados a lazo y metidos en la cámara del gas letal.

Tengo entendido — y ello me place — que en Costa Rica rigen las mismas disposiciones coercitivas de la peligrosidad canina. Solo resta que se cumplan al pie de la letra. Oponerse a la supresión del perro vagabundo y a la vacunación antirrábica es tan criminal y bár-

LOS PUEBLOS

Por ALFONSO CAMIN

¡Los pueblos! ¿Y qué son todos los pueblos? Procesiones decrepitas de esclavos, que ellos mismos se cargan de cadenas mientras que cantan libertad borrachos. Turbamientos sin hoy y sin mañana, que hasta en la roja rebelión de harapos cesan y aplauden el baldón y el crimen, si los propios tiranos les arrojan las sobras de sus mesas desde el alto balcón de sus palacios. Siempre los cerdos han vivido en pjaras, por canes imponentes custodiados, y cuando ladra un can, los cerdos tiemblan aunque en silencio gruñan cabizbajos. Así los pueblos que en manadas viven, tiemblan, cobardes, al cruzar del látigo y se arrodillan mudamente trémulos cuando la voz levanta algún tirano. Son pastores los canes de las pjaras; los pastores custodian los rebaños; los tiranos custodian a los pueblos, más despreciables que las pjaras. Vanos, se llaman hombres, cuando son fantasmagoras; se llaman libres, cuando son esclavos. Libres, rindiendo culto a sus verdugos, libres, sufriendo golpes de la tralla; libres, sintiendo restallar la fusta; libres, sin honra y cuando el pan les falta; libres, cuando les quemaran sus hogares; libres, viendo sus hijas deshonradas; libres, cuando en las cárceles sombrías con los grilletes en los pies se arrastran. Libres, cuando encorvados, en silencio forjan los hierros en las propias fraguas; libres, cuando levantan los patibulos donde al goce de la turba hermana, han de verse más tarde entre cadenas y sus cabezas han de ser colgadas; placer de moscas y festín de cuervos y horror del Sol al despuntar mañana.

El odio triunfa, la ignominia flota, y el bajel negro de la muerte pasa... La cobardía se arrodilla, y surge todo Nerón, entre el valvén de flámulas. Por todas partes el viajero espera, en vez de aplausos y batir de palmas, la ruda boca del cañón de bronce como las fauces de un león en guardia, hambriento siempre y anhelante siempre de en carne nueva sepultar su zarpa. ¡El odio triunfa, la ignominia flota, y el bajel negro de la muerte pasa! Como una sombra pensativa y grave, crucé Museos de lejanas patrias, sin ver en ellos el perfil de un pueblo donde no hubiera frentes humilladas. Ni vi en ellos los yunques del trabajo ni vi las piedras que el artista labra, ni vi el martillo, ni el cincel sonoro, ni vi el arcado que rasgó la entraña de la feruda tierra, ni vi el surco que día espiga por el sol dorada, ni vi el hogar donde el honor culmina, ni vi el orgullo que engendró la casta de los hombres honrados. Sólo he visto pertrechos en los campos de batalla,

cañones carcomidos por la herrumbre, banderas entre el fango desgarradas, puñales que en las manos de asesinos mataron en la sombra, por la espalda; lanzones y piquetas, empuñaduras trágicas, armaduras deshechas y cascos y corazas... Nombres de antepasados criminales, coronas de tiranos destruidas, cetros apollados, mentidos heroísmos y fanfarrias; copas que nos recuerdan las orgías que, a la gloria de Dios y de la Patria, antaño con inmundas prostitutas, tuvieron los monarcas. Aquí retratos de los héroes mudos, que en otros tiempos, sin sacar su espada, se cubrieron de lauros y ganaron batallas. Retratos de los reyes libertinos, retratos de las reinas depravadas que llevaron las honras de sus pueblos según supieron levantar sus faldas. Toda la historia del horror y el vicio, el arsenal de todas las infamias, hierro que pide el yunque del trabajo; bronce que pide la candente fragua del Honor de la Vida y del Derecho, ¡en cuyo seno se cocine el dorado pan de todas las razas...!

Los pueblos no son pueblos, sino vanos fantasmagoras; unos duermen al pie de los altares, otros los vientres entre sí se rasgan; unos, esclavos, cantan himnos libres y otros su propia esclavitud ensalzan. Despreciando el Derecho fusilan la Razón por las espaldas y huyen del Pensamiento como el buho del alba. Y, entretanto, la Fuerza devora al débil que en la sombra clama, como devora el lobo a los corderos, como el milano a las palomas cándidas; como al insecto la serpiente fosca, como el perro a la liebre amedrentada; como la mar a la indefensa nave, como devora a la serpiente el águila; como el río a la fuente, como el rayo a la planta como devora la montaña al rayo, y después el abismo a la montaña... Sólo hay en pie un derecho: el de la fuerza; sólo hay una razón: la de la audacia; sólo hay un pensador: aquel que rumia; sólo hay un ideal: el de la panza; sólo hay un hombre: aquel que oprime; sólo haya una mujer bella; la que engaña; sólo hay un arma noble: la que hierre; sólo hay un pueblo libre: el que se arrastra; sólo existe una ley: la de humillarse; sólo hay una justicia: la que mata... ¡El odio triunfa, la ignominia flota, y el bajel negro de la muerte pasa!...

baro como plañir cuando se detentan las zonas mosquiteras, ó cuando se petrolizan los cenagales, so pretexto de que puedan sucumbir zancudos inocentes.

El perrito lanzarillo, el de los monjes de San Bernardo, el samoyedo que remolca trineos, el perro policía amaestrado, el buscador de trufas del Périgord, son útiles. Todos los demás, por sucios y sarnosos que sean, son de lujo, incluso el de caza. Conozco aquí centenares de ciudadanos, económicamente débiles, agobiados de problemas y de hijos, que juzgan indispensable tener un perro, y muchas veces he solido preguntarme para qué, sin llegar a dar con una respuesta satisfactoria. Como todo lo humano y terrestre me interesa, acabé por dedicar varios años al estudio del tema.

No me ocuparé del ciudadano belicoso que adquiere un perro bravo, al que azuza, para que muerda o acoquine al perrazo de Murillo o de Barbosa. No es un deporte mucho más comprensible que el boxeo o las peleas de gallos. Por entre unos 200 casos análogos, corrientes, entresacaré, como caso-tipo, el que llamaremos convencionalmente el caso Gamboa.

Acabó de construir una casa para habitación y oficina, sobre un solar que, naturalmente, había sido antes muy concurrido por los perros del barrio en sus andanzas para... oler mundo. Pude confirmar este hecho cuando el Jefe Político pareció salir un día de las obras con medias negras. Una tupida capa de pulgas voraces cubría sus piernas, y hubo que emplear varios sacos de clordano para hacer la casa habitable. El perro de Gamboa, con varios camaradas, reconoció sus propios olores y, sin duda, otros olores amigables y frecuentó desde entonces mi suelo y mis maderas, por un sentir comparable al patriotismo. Sus homenajes mingitorios acabaron por exasperarme. No es que yo me crea salido de un muslo de Júpiter, ni mucho menos; pero la verdad es que las amarillentas, corrosivas y malolientes chorreadas me molestaban, más que por otra cosa por no haberse aún obturado con una escurridera de cemento la rendija que se forma entre la pared de tabla y la cortina de concreto. Era como si los perros se orinasen en la sala de curaciones o en mi despacho. Yo quise persuadir a los canes con una simple advertencia. Sabido es que un perro siente por la escoba de barrer un respeto mucho mayor que por la más ingeniosa dialéctica. En varias ocasiones,

como una bruja en sábado, hice la ronda nocturna con un escobón al hombro. Los perros, justamente ofendidos, me ladraron. Desde aquella noche comprendí, que no sólo el perro de Gamboa, sino que algunos de sus compinches, me habían fichado como cinóforo.

Cuando el perro de Gamboa ve un novillo o un potro, debe de adivinar en ambos como un torvo deseo de pasar por perros grandes de otras razas ignotas. A lo mejor los cree tales. Y les ladra. El hecho de que el potro no responda a sus ladridos le enardece. Si no es por desdén es porque les teme. Es de presumir que un hombre sensato como el señor Gamboa adquiere el perro para guardián de su casa y de su familia. Al oír los ladridos, sale y advierte que sólo se trata de un potro o de una ternera. Y así noche tras noche. Cuando no es un caballo o un buey, es otro perro extranjero, o un borracho, o un aldeano que lleva un chillido, o que recoge algo que bien pudiera ser un guijarro temible... o un par de chanchos, o una motocicleta o simplemente la luna llena. A lo mejor es a la casa nueva del doctor. "De perlas, así el doctor estará alerta" cuando lo llamemos.

Al cabo de cierto tiempo, el señor Gamboa llegó a convenirse de que los ladridos de su can no tenían nada que ver con el peligro. Lejos de despertarle, los ladridos le servían de *nana* arrulladora y dormía tranquilo. Los ladrones no osarían venir a robarle de miedo a un perro tan aullador. Tengo serias razones para creer lo contrario. En San Isidro hubo una importante racha de robos domiciliarios nocturnos, pues los cacos, no sólo no tenían al perro guardián, sino que gozaban de la impunidad de sus tranquilizadores ladridos capaces de ahogar todo ruido.

Con el tiempo, los perros de lujo se fueron especializando. Si los de San Bernardo lo están en la busca y salvación de alpinistas perdidos en las nieves, si el moloso alemán servía a la Gestapo de detector y de aprehensor de los españoles que luchábamos en el *maquis*, el perro de San Isidro lo ha hecho en el peregrino deporte del ladrido nocturno. Si en Italia hay el *bellido*, en San Isidro hay el *bellido* por amor al arte. Hace algunos días que tuve una hemorragia cerebral de la que me he recuperado de un modo tan total como extraordinariamente inexplicable. Antes de sufrir el ataque de apoplejía fulminante me pasó como dos años en vela a causa de los simpáticos canes aulladores de mis vecinos. He sido médico de varios fuertes en plena guerra. Estoy hecho a dormir a pierna suelta en pleno bombardeo. Pero, la verdad, todavía no estaba hecho a soportar quince o veinte chuchos ladrando en varias voces a unos metros de mi lecho. No por el ruido que hicieran, sino por lo intolerable que resulta la estupidez inútil. No es fácil admitir que veinte perros se pasen ladrando sin motivo y sin interrupción desde las diez de la noche hasta las seis de la madrugada. Y todavía resulta menos admisible que haya en el mundo seres tan absurdamente estúpidos como sus dueños.

Mis amigos y colegas los doctores Cordero Zúñiga, Brenes Sobrado, Luros, Ruano, Elizondo, Hütt, Peña Chavarría, Pacheco, Beyrute y todos cuantos se afanaron eficazmente en sacarme por la vigésima vez de mi vida de las manos de la Parca, opinaron que eran mis vigilietas de médico rural y escritorzuelo a ratos, lo que había hecho estallar algún vaso de mis meninges. No eran los perros, que no sólo me impedían dormir, sino escribir y auscultar.

En la convalecencia fue mi antiguo amigo Federico García Lorca quien vino en mi auxilio. Ahora creo que si el señor Gamboa tiene un perro aullador capaz de organizar orfeones perrunos infatigables en el vecindario, es porque en ciertos transportes conyugales él también necesita que un "horizonte de perros ladre muy lejos del río" (1). Y a esta sola idea me he hecho a dormir el sueño infame de mi primera infancia. Me meto menos tragos, fumo menos al escribir, cuando oigo un taconeo de mujer se me mueven las orejas, y me duermo como un bendito.

M. de Gabarain

San Isidro de El General,

(1) "La casada infiel"

TIENDA COVADONGA NOVEDADES

ENCAJES Y BOTONES

Frente al Palacio de Justicia

Botica Universal

Lic. RICARDO ARIAS B.

200 varas al Oeste del Carmen TELEFONO 2182

Especialidad en el DESPACHO DE RECETAS DEPOSITO DE LA LECHE M. Y R.

FARMACIA INTERNACIONAL

Lic. GORDIANO RODRIGUEZ G.

Costado Oeste Banco Central — Teléfono 3440

SERIEDAD Y GARANTIA

ESPECIALIDAD EN DESPACHO DE RECETAS

Dra. Alice Lardé de Venturino

La ELECTRICIDAD

ALMA MATER UNIVERSAL FENOMENOS COSMOLOGICOS y BIOPSIKOLOGICOS

Amor o Atracción Espíritu-Sexual Herencia, Vigor, Rejuvenecimiento de los Ancianos, Vejez Precoz, Locura Profesional y Otros Fenómenos Psíquicos y Organos Inducidos

2 Tomos \$ 4.00

Laboratorio Médico, 250 varas Oeste de la Botica Francesa.